

UNA FAMILIA NORMAL

ALEJANDRA
PAREJO

NOVELA



ALEJANDRA PAREJO
UNA FAMILIA NORMAL

© Alejandra Parejo, 2019
Publicado de acuerdo con Editabundo
Edición a cargo de Leticia Vila-Sanjuán
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2019
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2019
ISBN: 978-84-9998-758-3
Depósito legal: B.17.247-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

2018

Sí, tajante. Dos rayas rosas, dos rayas rectas me miraban apoyadas en el predictor que había dejado apoyado en el sofá. Me levanté a coger la caja. La abrí y metí dentro las dos rayitas, como si así dejaran de mirarme.

Me senté en el sofá agarrándome los pies. Estaban fríos. Ese que conquista tus huesos con fuerza y no se va. Por primera vez empezó a molestarme el ruido de la nevera. Uno de esos ruidos que han convivido con nosotros y al que nos acostumbramos al llegar, como el temblor del metro o las canicas con las que solían jugar los niños del segundo. Ninguno de esos ruidos me había molestado nunca, pero el de la nevera, ese día, se repetía en bucle, lento y bajito, desbordándose desde la cocina hasta el salón.

Le di al *play*. Sonó *Don't ask me why*. Cerré los ojos y me tapé con la manta hasta la nariz. Me asomé para ver si el bolso seguía en su sitio. Ahí estaba, encima del taburete de madera que compramos en el Rastro hace unos años. Y me acordé de cómo Mario, a pesar del poco dinero que por aquel entonces teníamos en nues-

tra cuenta de ahorros, pasó la tarjeta de crédito con la felicidad de quien vive en el ahora sin pensar en lo que vendrá. Recordé cómo me miró, haciendo aspavientos a través del cristal, celebrando una victoria en esa mudanza eterna. Volví a escuchar el ruido de la nevera mezclándose con Billy Joel, atravesando todas las barreras.

Mario abrió la puerta de casa. Normalmente ese sonido me impacientaba. Pasábamos muchos días sin vernos o coincidiendo solo mientras dormíamos. Oír las llaves quería decir que íbamos a tener un momento para nosotros. Con prisas, cansados. Pero para nosotros. Dedicarnos a lo mismo era complicado. Subí el volumen de la música, como si así no tuviera que ser sincera, quitándole sitio a la conversación que teníamos pendiente sin que él lo supiera. Entró en el salón con una planta de metro y medio como mínimo. Parecía que volaba. Si me hubiera puesto de pie, cosa que no hice, podría haberme escondido detrás de ella. Mario se asomó y sonrió. Miré el bolso, seguía allí. Paré la música y creí escuchar un tatatachán de Mario, pero al mezclarse con el ruido de la nevera no supe si me lo había inventado. Se acercó al sofá, puso su cara muy cerca de la mía y, susurrando, me dijo:

—Te voy a contar un secreto.

Sentí que palidecía.

—A ver, cuéntame.

—Que no nos oiga, pero que sepas que las plantas tienen sentimientos y que uno no puede estar de mal humor en la misma habitación que ellas porque se mueren.

Miró hacia la planta y se tapó la boca con el dedo índice. Me dio un beso en la frente y se fue a la cocina riéndose. Mario y yo nunca nos habíamos escondido nada. Solíamos compartir todo en el momento justo: ni antes, ni después. Menos ese día. Volvió de la cocina con un trapo colgando del bolsillo del pantalón, una copa de vino tinto y un trozo de queso en la boca. Fue hacia mi bolso y lo cogió. Me levanté rápido, sin dudar por primera vez en todo el día, y le quité el bolso con fuerza. Se le cayó el trozo de queso de la

boca, pero en vez de mirarlo, me clavó la mirada a mí y dijo qué pasa y yo que nada, nada, perdona, que qué necesitas. Se agachó para coger el trozo de queso y cuando se puso de pie, dio un paso hacia delante, se encorvó y me miró con esa mirada de estás bien, de qué pasa, mi amor, de dime algo y yo solo pude ofrecerle mi bolso.

—No, no hace falta. Solo quería coger las llaves del trastero. Me he dejado las mías en casa de mi madre.

—Claro, toma.

Metí la mano en el bolso. Lo revolví todo sin mirar. Moví la caja del test varias veces, pasé por encima de mi cartera, el neceser de maquillaje, localicé un bolígrafo y llegué a las llaves. Intenté diferenciar entre las de casa y las del garaje sin sacarlas. El ruido del pie de Mario dando golpes en el parqué se juntaba con el que hacían las cosas que revolví en el bolso.

—Sácalo todo y acabamos antes, amor, ¿no?

En ese momento sonó un ruido muy fuerte desde la ventana. Se me escurrió el bolso de las manos y todo lo que llevaba dentro cayó al suelo. Se me aceleró el corazón. Me agaché, moví las manos por encima de todas las cosas que había en mi bolso hasta que llegué al test. Lo cogí, lo agarré con fuerza y lo metí entre mi vaquero, mi espalda y el jersey de lana. No se dio cuenta. Mientras me quedaba recta para que el test no se moviera, Mario ya había abierto la ventana para descubrir qué era aquel ruido. Una paloma. Una paloma gris. Había plumas por todo el balcón. Grises, blancas. Plumas sucias. La paloma, o más bien lo que quedaba de ella, estaba encima de la alfombra y había manchado el yute trenzado con gotas de sangre. No lograba distinguir sus alas del resto del cuerpo. Estaba destrozada. Lo único que pude diferenciar de toda aquella mezcla fue un ojo abierto que parecía mirarnos con desprecio. Mario cogió un par de plumas y levantó al pájaro, se lo llevó goteando sangre por todo el salón. No vi más de lo que hizo, pero pude escuchar que abría la papelera, lanzaba al bicho y cambiaba la bolsa.

Volvió al salón con otro trozo de queso en la boca y la fregona en una mano. Fregó el salón mientras mordisqueaba el queso y me dejó en la esquina donde estaba el taburete. Me senté con el bolso encima de las rodillas y el test de embarazo rozando mi espalda y escuché no te muevas, amor. No dije nada. Dejé la mirada perdida, en pausa. En ese estado raro en el que ves todo borroso, tu respiración se calma y el resto de las cosas que pasan alrededor dejan de importar durante unos segundos.

—Relaja esa espalda, que ya pasó. Solo ha sido una paloma.

Le miré. Estaba en la otra punta del salón apoyado en el palo de la fregona. Me sonrió, guiñó un ojo y se quedó allí esperando a que el suelo se secase. No hacía tanto que Mario me había hecho prometerle que le contaría todo lo que me rondara por la cabeza. Fue justo después de no haber querido entrar en una obra de teatro. Me había regalado unas entradas para celebrar que había terminado el rodaje de un videoclip que me había dado varios dolores de cabeza. Recuerdo el cartel de la obra colgado en un marco dorado con un fondo blanco y muchas flores bucólicas y un título: *Bodas de sangre*. De inmediato se activaron todos mis miedos, la incertidumbre, ese pánico a enfrentarme a una historia sin saber qué iba a suceder. Sabía perfectamente que era una adaptación de Federico García Lorca y que, sin duda, tenía que haber un asesinato, y el cómo me despertaba esa parte que tanto odiaba de mi cuerpo: sudores, taquicardias y vértigos. Pregunté en la taquilla cómo era la sala, dónde estaban las salidas más cercanas, qué asientos teníamos y si iba a estar mucho tiempo a oscuras. Ninguna respuesta me gustó. Recuerdo decirle que quería irme y él sin entender nada, sin preguntar, me cogió de la mano y me llevó a casa. Allí pude contarle lo que me pasaba, pude explicarle lo irracional que era todo aquello y lo poco que lo entendía yo misma, los años de terapia, las sesiones a escondidas. Me hizo prometerle que siempre le contaría lo que pasara por mi cabeza y asentí, pero hoy no lo estaba haciendo.

—Venga, mi amor, vístete que nos vamos.

Había olvidado la comida con su familia. Cada domingo desde hacía ya varios años, Mario y yo pasábamos los domingos que teníamos libres con su madre, su padre, sus hermanos y sobrinas.

—¿Estás bien?

—Un poco asustada.

Si Mario hubiera sabido lo que realmente me asustaba, no hubiéramos ido a comer con nadie.

1998

Apoyada en la ventana del coche, acaricio la mano de mamá que se asoma desde el asiento de delante. Es suave. Rozo sus anillos y ella me mira por el retrovisor y sonrío. Lu duerme a mi lado, en esos asientos de piel que parecen nubes. Creo que podría quedarme a vivir en ellos. Sí, podría dormir aquí. Creo que así no tendría pesadillas. Lu se gira y el cinturón le aprieta. Suelto la mano de mamá y le coloco el cinturón para que no le moleste.

Estamos en una carretera que parece eterna. No consigo ver el final. Si seguimos así, llegaremos a ese pueblecito donde fuimos un día con papá. Era un pueblo donde vivió un pintor que tenía bigote y papá nos enseñaba cada rincón mientras le imitaba. Se tocaba el bigote invisible y nos decía que veía tigres voladores. Recuerdo que mamá se reía y se tapaba la cara con el pelo. Le decía sssh, baja el volumen. Y él reía y hablaba más alto. Ahora la carretera se acaba porque el conductor, que lleva gorra y un traje que parece incómodo, gira a la derecha por una salida que tiene un cartel con un siete. Pasamos una rotonda y mamá saluda a un señor que también

va con traje y que está encerrado en un cuadrado de cristal. Le dice hola con la mano como si fueran amigos. Giramos a la derecha. Hay coches muy grandes y limpios. Casi todos brillan. Pasamos un bache muy despacio y Lu se despierta. Me mira. Me pellizca.

—Ay, para —le digo.

Ella mira por la ventana y pone un pie encima del asiento. Se ha quitado los zapatos en algún momento en el que yo no me he dado cuenta. El coche para delante de una puerta amplia, de color negro y se abre hacia la derecha. Me asomo entre los dos asientos de delante y me fijo en que es mamá la que abre la puerta con un mando. Lo siguiente que veo es una carretera demasiado grande para estar dentro de una casa. Mamá baja del coche. Está muy guapa. El sol le ilumina el pelo y pienso que yo también quiero ser pelirroja. Lleva tacones y una falda estrecha. Hacía mucho tiempo que no estaba tan guapa.

Le doy la mano a Lu para acercarla a mí y le digo que es tonta. Ella me pega un golpe suave en el hombro, pero se agarra a mi mano y no me suelta. Bajamos juntas del coche. Hay un jardín con el césped muy verde. Podríamos tumbarnos y dormirnos allí. Podríamos tumbarnos y quedarnos a vivir allí. Bueno, no. Allí no quiero vivir. Lu me señala unas rosas rojas y se ríe. Mamá coge nuestras maletas.

—Niñas, vamos, por aquí.

Vamos detrás de ella, detrás de nuestras maletas. Esa casa es inmensa. Es blanca y tiene dos columnas que miden tanto como los jugadores de baloncesto que nos enseñaba papá en la tele, los mismos que a mí me aburrían, los mismos que a Lu le parecían graciosos. No hay una puerta como en nuestra casa, hay dos puertas. Una de ellas se abre y aparece una señora con un vestido rosa de flores pequeñas y un mandil blanco. Agacha la cabeza y, aunque no lo entiendo, yo también la agacho.

Subimos cuatro escalones y entramos. Todo es tan bonito que me asusta. Hay una escalera blanca que se divide en otras dos y un ventanal que me deja ver que hay piscina y más césped. Lu me

aprieta la mano. Al lado de la escalera hay dos estatuas blancas. Están desnudas. Cierro un poco los ojos, lo justo para verlas sin verlas bien. Por las escaleras baja otra mujer vestida igual que la anterior, aunque ella tiene la piel más oscura. Se acerca a nosotras. Me acaricia el pelo y nos dice que bienvenidas a casa. Yo le digo que gracias y me callo que esa no es mi casa.

Las dos mujeres que llevan el mismo vestido cogen nuestras maletas y las suben por las escaleras. Les quiero decir que gracias, pero se van muy rápido. Suelto a Lu y me acerco a un espejo redondo que me deforma la cara.

—Lu, ven.

Nos miramos en el espejo. Nos ha crecido la frente. Me giro para comprobar que la frente de Lu sigue siendo igual que siempre. Nos reímos. Mucho. Un olor a manzana caliente inunda la habitación y Lu me mira con los ojos más abiertos de lo normal. Vamos en busca del olor. Toco el papel pintado de flores que hay en la pared, llegamos a una puerta y la abro. Es un baño. No hay manzana en los baños. Seguimos caminando. Lu me copia y toca la pared también. Está rugosa, pero es bonita. Abrimos otra puerta y hay un pasillo muy largo. Cierro rápido. Caminamos dos pasos más y esta vez es Lu la que abre la puerta. Allí encontramos una cocina que es más grande que nuestro salón y nuestra cocina juntos. Por otra puerta, que está al final de la cocina, se asoma un señor con un traje gris y una corbata negra. Nos saluda con la mano. Lu le devuelve el saludo. Tiene bigote.

—¿Estáis haciendo un pastel? —le dice Lu mientras entra en la cocina dando saltos.

—Sí, señorita.

Yo no entro. Me quedo apoyada en la puerta y Lu me mira y mueve la mano en un vaivén que quiere decir que me acerque, pero no lo hago.

—Oli, ven.

Muevo la cabeza de derecha a izquierda. Creo que a mamá no le gustaría que abriéramos las puertas de una casa que no es la

nuestra. El señor me sonríe. Me acerco hasta donde est n y veo, a través del cristal del horno iluminado por una luz amarilla, dos tartas redondas del tamaño de un plato. Tienen rodajas de manzana colocadas en el mismo sentido. Algunos trozos est n marrones, deben crujir.

Un señor grita desde otra habitación. Su voz es grave. No me gusta. Lu se acerca a mí y nos ponemos de espaldas al horno, pegada la una a la otra. El señor del traje sale rápido de la habitación. Mamá entra en la cocina.

—Niñas,  qu  hacéis ahí tan tiesas? Vamos, venid a saludar a Roberto.

Nos coge de la mano y vamos por un pasillo largo. Abre dos puertas y en el sofá está él tumbado con las piernas encima de la mesa. Lleva los zapatos puestos. A mamá eso no le gusta. La tele suena muy alta, está viendo un circuito de motos. Quiero decirle que baje el volumen, pero no me atrevo. Nos mira de reojo y dice hola. Vuelve a mirar la tele mientras enciende un cigarro. En la mesa hay un cenicero lleno de cigarros. Todos est n apagados menos uno. De ese, a pesar de estar aplastado, sigue saliendo humo. Huele mal. Me quiero tapar la nariz, pero no quiero que piense que me la tapo porque él huele mal.

—Venga, acercaos a darle un beso.

Lu es la primera. Se acerca y le da un beso en la mejilla.  l le dice que muy bien y sigue mirando hacia la tele. Mamá me da un empujoncito en la espalda y voy a darle un beso, aunque preferiría no hacerlo. Cuando Lu era más pequeña no quería dar besos, siempre le decía a mamá que los diera por ella. Mamá le decía que eso no está bien porque la gente se ofende. Así que yo siempre doy besos, así nadie se puede enfadar. Su piel raspa, tiene una barba gris que pincha. Creo que si tuviera barba me la quitaría para días especiales, así no pinchar a a nadie. Me aparto y vuelvo a mi sitio. Mamá sonríe.

— Muy bien! Ya pod is ir a merendar.

— Y t  no? —pregunto.

—¿Me has comprado tabaco? —le pregunta a mamá.

—Sí, toma.

Saca dos paquetes de tabaco y los pone encima de la mesa. Una de las señoras del vestido de flores entra en la habitación y nos llama. Mamá nos dice que vayamos y le hacemos caso. Me gustaría que viniera con nosotras. No me puedo creer que se vaya a perder ese pastel.